

Los masoquismos y su diversidad

Leonardo Peskin

Introducción

Esta ponencia fue solicitada dentro del contexto de una actividad de introducción al tema del masoquismo. Un requisito era que fuese expuesta en un tiempo acotado, lo que me obligó a tomar solamente características parciales de los masoquismos. En realidad, este asunto trascendental del psicoanálisis requiere un desarrollo mucho más extenso. El carácter breve afecta por ejemplo, en particular, a la referencia sobre los destinos y soluciones del masoquismo que intenten resolver en todo sujeto esta condición inefable de la constitución humana. Las propuestas mencionadas en ese sentido, de sublimación e invención, así como el destino de los síntomas en general, son cuestiones trascendentes en el fin de análisis y no hubo tiempo para desarrollarlos. Lo mismo acontece al no profundizar la fantasmática dentro de la perversión, especialmente en el masoquismo, el que siguiendo las hipótesis de Lacan presenta una inversión del posicionamiento; el perverso *semblanteando* el objeto *a* y el sujeto angustiado ubicado en el otro encarnado muchas veces por el partenaire circunstancial. Al igual, están tratadas las incidencias sociales de esta temática de un modo acotado, las que apenas son esbozadas acerca de cómo los masoquismos y sadismos operan en los fenómenos de masa y en la dinámica de las instituciones, donde cumplen funciones trascendentes normales y patológicas. Estos son solamente algunos de los puntos

que merecerían una mayor extensión. Por estas razones debe considerarse este escrito en su conjunto como una breve introducción a un muy amplio tema.

Por otra parte esta exposición se apoya en un caso específico publicado por Michel de M'Uzan en 1973 bajo el título "Un caso de masoquismo perverso. Esbozo de una teoría".¹ Este caso, particularmente impactante, se origina en unas entrevistas que terminan siendo interrumpidas por el analista, en las cuales este hombre se expone acerca de sus truculentas prácticas masoquistas, las que había suspendido hacía muchos años pero que seguía relatando orgullosamente, además de evidenciar los estigmas corporales de semejantes actos automartirizantes. Tanto esos hechos, como los vínculos con diferentes partícipes de esas prácticas, permiten desarrollar reflexiones sobre el diagnóstico y el sentido de estas conductas en el tratamiento de su cuerpo. No obstante, no siendo un caso de análisis, necesariamente, todo lo desarrollado tiene un valor de conjeturas dentro de un ejercicio teórico clínico. Aunque debemos reconocer que quizás cualquier caso clínico siempre deja dudas y enigmas.

Presentación

La propuesta de profundizar los masoquismos es un desafío importante. Si bien, el masoquismo es una calificación que se otorga a menudo, no es tan preciso conceptualmente a qué nos referimos al hablar de tendencias, conductas o rasgos masoquistas. Esto es así, aunque Freud haya marcado el campo con las tres categorías de masoquismo: erógeno, moral y femenino. Además se hace más difícil delimitar la entidad cuando le damos un estatuto estructural. A decir verdad, el espectro es más amplio, ya que vemos aparecer el primario,

¹ M'Uzan, M. (1973) Artículo publicado en tres ediciones distintas I) M'Uzan, M. La sexualidad perversa, estudio psicoanalítico. En *Del arte a la muerte: un itinerario psicoanalítico*. Barcelona: Editorial Icaria, 1978. II) La sexualidad perversa, estudio psicoanalítico. En revista *Imago*, Barcelona: Granica, 1975, en, n. 14, 1991. III) M'Uzan, M. (1973) A Case of Masochistic Perversion and an Outline of a Theory. En *The International Journal of Psychoanalysis*, 54:455-467.

ligado al concepto de pulsión de muerte y algunos giros muy particulares vinculados al protagonismo del Superyó, como acontece en diversas entidades como la perversión, la melancolía y la neurosis obsesiva. Incluyamos el masoquismo moral como fracaso ante el éxito, o delinquentes por sentimiento de culpabilidad, psicósomática, actos a-subjetivos, etc. Estas consideraciones las tenemos que aplicar, inclusive, a las líneas enfatizadas por los pensadores argentinos acerca de las tendencias masoquistas vinculadas con el Superyó.

Si revisamos todas estas calificaciones de masoquismos, algunas de las cuales suenan casi a adjetivos, veremos que se tratan de formas teóricas y clínicas muy vulnerables conceptualmente, ya que varían por cuestiones culturales, ideológicas y morales. Lo que en una cultura se calificaría de masoquista, en otra se transformaría en heroico. Y, en esa misma polaridad, el sujeto inmolado o martirizado podría ser un santo o un excomulgado. También el concepto mismo de perversión está cuestionado y confundido en muchos casos con perversidad y como es obvio, todo lo que es moral es variable. Un prócer, un héroe o un santo desde otra perspectiva pueden ser un déspota, un traidor o un hereje. Lamentablemente, estos vaivenes hicieron que casi se proscirba en cierta psiquiatría el uso del concepto de perversión, como una de las tres estructuras clínicas básicas freudianas, como también acontece con la neurosis.

Delineado este amplio marco ya de por sí conflictivo, comentaremos las entrevistas realizadas al Sr. M. por M'Uzan que incluyen su análisis de las mismas. Éstas producen un efecto inquietante y revulsivo. Además del horror que nos pueden suscitar, nos hacen trastabillar en cuanto al diagnóstico posible, como a M'Uzan, quien hace esfuerzos por encasillarlo en una perversión pero no le cierra. Busca las referencias en los clásicos desde Freud a Reich y Reik, pero los indicadores como la fantasía, la preservación de los genitales y la intersubjetividad del "perverso" típico, no coinciden. Es muy diferente al caso de un perverso típico, con Masoch como referente, donde observamos cómo el perverso masoquista conviene contractualmente la relación con su partenaire y las prácticas apuntan a lograr un goce erótico, en general como simulacros sin un daño mayor. El caso del

Sr. M. es radicalmente distinto, y en términos amplios podemos decir que su partenaire es el gran Otro, frente al que él aparenta ocupar ostentosamente el lugar de un objeto como resto inmundo. M'Uzan termina concediendo que se trata de prácticas masoquistas, que materializarían una fantasmática psicótica.

No obstante, quizás, lo que desorienta es que en esa práctica psicótica, por lo tanto sujeta a premisas delirantes, obtiene un goce homosexual exultante. Inclusive, la mayor parte de las sevicias apuntan a llevar ese goce a las formas más extremas, llegando a hacer retroceder al sádico, que circunstancialmente haya aceptado el papel de ser representante de ese gran Otro. Eso muestra, que incluso los sádicos perversos también pactan y hacen como los masoquistas, eso que Lacan llama el “puro camelo”² de la extrema maldad, siempre al servicio de desmentir la castración, a costa de suscitar la angustia en el otro. La angustia sostenida en el otro, es un punto de apoyo de Lacan para caracterizar la perversión. Sin embargo, el modo más logrado de perversión varía en el desarrollo de la obra lacaniana. El primer paradigma es el sádico³ como principal administrador de la angustia, luego gira a ubicar al masoquista⁴ como el mejor sirviente para obturar la falta castratoria en el gran Otro restituyéndole la voz.⁵ Basta ver la figura de Cristo y su poder para verificar esta dinámica a nivel social.

² “Si hay un lugar donde la clínica, la práctica, nos muestran algo –y esto explica que yo felicitará por ello, así, al pasar, a alguien que después anduvo mal–, si hay algo bien evidente es que el masoquismo es puro camelo. El masoquismo es un saber, desde luego, ¡un saber hacer, incluso! Pero si hay un saber del que se palpa que se inventa, que no está al alcance de todo el mundo”, J. Lacan, Seminario 21 (1973). (Les-non-dup-errent) “Los nombres del Padre”. Inédito.

³ Lacan, J. (1962-1963) *Seminario 10 “La angustia”*. Paidós Buenos Aires. 2006.

⁴ Lacan, J. (1968-1969) *Seminario 16 “De un otro al Otro”*. Paidós. Buenos Aires. 2008.

⁵ “Lo esencial de la cosa es que el masoquista haga de la voz del Otro, por sí solo, eso que va a garantizar respondiendo como un perro. Esto lo aclara el hecho de que justamente buscará un tipo de Otro que pueda ser cuestionado en ese punto de la voz, la querida madre, por ejemplo”. Lacan, J. (1968-1969), p. 234.

“Ciertamente no ocurre lo mismo con el sádico. Él también intenta, pero de manera inversa, completar al Otro quitándole la palabra e imponiéndole su voz, pero en general falla” (Lacan, J.: Op. Cit., p. 235).

En el testimonio, el masoquismo del Sr. M. es más poderoso que el sadismo, ya que logra inducir la angustia en el otro y se presenta libre de hacer lo que le plazca. Pero siempre haciendo consistente al gran Otro, como Sade con Justine “siempre bella” o Masoch con “La Venus de las pieles” llena de poder. Tanto el sádico como el masoquista ofician como administradores del goce del gran Otro y esto les evitaría el colapso psicótico. Así logran arreglárselas con el Nombre perverso del Padre que es el Superyó. Lacan vincula la perversión más lograda a aquella que restituya más poder a la voz del gran Otro, que no es ni más ni menos lo que hace más poderoso al Superyó. El Superyó como “figura obscena y feroz” grita imperativamente “Goza”, el sujeto responde “oigo” y obedece haciéndose puro objeto de ese imperativo categórico.

En lo social vemos cómo el masoquismo de la masa sostiene el discurso del Amo, quien los masacra y en eso apoya su mayor poder. Así se arma una ecuación muy potente que funcionó desde el masoquismo de los esclavos y los legionarios egipcios o romanos, pasando por Auschwitz hasta Plaza de Mayo. A mayor sometimiento y aceptación de sufrimiento por parte de la masa, más poder y voz del Amo.

En las dinámicas sadomasoquistas perversas comunes, como las de nuestra práctica clínica, esta intersubjetividad está acotada por un acuerdo, y el goce se reparte dentro de cierta parodia. Aquí vale la pena comprender que si el que participa de estas prácticas no es un genuinamente perverso, dentro de las categorías psicoanalíticas, se excede el acuerdo y se puede alcanzar la perversidad, sea al estilo psicótico o a una condición de maldad que podemos llamarla canalla o criminal. Como dato, en el año 2011, murieron en la Argentina 38 mujeres quemadas por sus parejas, destaquemos que esto no es perversión, sino crueldad criminal y masoquismo de la víctima enamorada. Peligroso error histórico en la elección de objeto de confundir potencia con prepotente crueldad.

Al Sr. M. lo conocemos a partir de las dos entrevistas hechas por M’Uzan, muchos años después de que este hombre haya abandonado estas prácticas, dejando en el camino a su primera mujer muerta en estas mismas tropelías. Aparecen un par de datos más en un artículo

de Maleval, que no varían mucho el testimonio de M'Uzan y nos agrega, que hubo otros informes que citan el caso en entrevistas posteriores a la de M'Uzan. Quien dicho sea de paso, dejó transcurrir diez años antes de publicarlas y las interrumpió por propia voluntad ya que no soportó el relato. Maleval argumenta que este masoquismo era una suplencia para evitar el colapso psicótico, dentro de las categorías de las suplencias propuestas por Lacan.⁶ Agrega que M'Uzan no registró que su angustia derivaba de la psicosis como aquél que muestra un grado de libertad insoportable.

Sería útil enumerar un grupo de conceptos teóricos que aporta Lacan, ya que entiendo que nos pueden servir para comprender algunas de las conductas y el discurso del Sr. M. Someramente se tratan de el gran Otro, la función fálica, el objeto *a* como resto y el concepto de Goce en general. Así como algunos observables clínicos en la psicosis, como el llamado “empuje a la Mujer”. Mujer que sería fálica como expresión de una transexualidad típica de la psicosis, la que se manifiesta en apariencia como homosexualidad, pero se diferencia de la perversión por tratarse de un goce desarraigado de la sexuación, como hombre o como mujer.

Comencemos por esto último, al haber forclusión del Nombre del Padre, o “repudio” en lugar de represión, casi todas las psicosis apuntan a esa particular forma de homosexualidad psicótica de diferentes maneras. En este caso se ofrece grotescamente a que gocen con él en posición femenina, incluyendo operaciones corporales para alcanzar esa feminidad, como operarse el recto para “vaginizarlo”. Pero al mismo tiempo, acrecienta lo que podríamos denominar como materializaciones concretas de aspiraciones fálicas, como introducirse una púa imantada en el pene. Ambos sexos pujan psicóticamente, sin límites, como si se concretizase la aspiración bisexual, de la omnipotencia del sujeto psicótico en acuerdo con los imperativos del gran Otro.

Por otra parte, el dato clínico de la conservación de la arrogancia,

⁶ Suplencia perversa en un sujeto psicótico. Jean-Claude Maleval. Recuperado de <http://saludypsicologia.com/4262/suplencia-perversa-en-un-sujeto-psicotico/>

como si todos estos actos fueran grandes desafíos que lo enaltecen, contrasta con el supuesto rebajamiento masoquista. Esto muestra lo delirante del “empuje a la Mujer”, que en definitiva borra la sexuación y aspira a formas extraordinarias de satisfacción que son evidentes en este caso. A diferencia de Schreber, donde en el delirio se presenta volverse la mujer que copula con Dios, en el caso del Sr. M. esta aspiración se concreta en lo real del cuerpo. No es raro que en algunas formas psicóticas haya emasculaciones o mutilaciones corporales, pero lo interesante en este caso es que se hubiese organizado establemente y haya conseguido partenaires para operarlo y martirizarlo. Además de estabilizarse, que lo siga relatando sin hacer las prácticas, conservando la arrogancia de haberlo vivido y haberse transformado en un “Padre de Familia” como dice Hanna Arendt de Eichmann. Al igual que aquellos guerreros que muestran con orgullo las heridas y mutilaciones de cuerpos afectados por las batallas y con el elevado honor que les dan las heridas de guerra; sea una pierna amputada, un ojo con un parche o un brazo ausente. Pareciera cumplirse en estos casos el aforismo nietzscheano: “Lo que no me mata me fortalece”. Es decir, que es un soldado al servicio del Goce del gran Otro, enalteciendo el propio enorme gozo de servirle a ese gran Otro. Al modo de “Pegan a un niño” ambos son sin castración, el martirizante y el martirizado. Es interesante entender esto para comprender a los que están dispuestos a morir, por una causa que demanda un gran Otro. Recordemos el “Ave Caesar *Morituri te Salutant*”, sean un gladiador, un Kamikaze o un suicida musulmán, la causa puede ser simplemente el capricho del gran Otro. En estas organizaciones subjetivas se configura un particular valor fálico, que conserva mucha consistencia imaginaria referida a un Ideal, pero sustentada simbólicamente en una ideología o en un delirio, que puede ser en algunos casos donde se encuentra alienado el sujeto, o en una construcción del propio sujeto como líder que logra arrastrar a otros a su causa psicótica, desde las locuras de a dos a las colectivas. Siguiendo a Freud, en nombre del Bien supremo se realizan los peores males.⁷

⁷ Freud, S. (1932-1938) *El presidente W. T. Wilson, un estudio psicológico*. Letra Viva. Buenos Aires. 1973.

Aquí no es fácil discriminar lo que es ser un monje sosteniendo la consistencia de un gran Otro con su sacrificio, o la inmolación de un guerrero que reparte la cuestión entre el servicio al gran Otro de su causa, del bien o del mal, pero robando cuotas de satisfacción propia. Esto diferencia el confuso límite entre la “obediencia debida” que absuelve al servidor de la orden asumida sin cuestionamiento, de aquél que aprovecha la orden para descargar su propia voluntad de goce, que a su vez si no tiene límites como ya fuimos aclarando, estaremos en el borde entre la psicosis o la condición canalla. En ese confuso borde lo encontramos al Sr. M., quien lleva sobre sí la muerte de su primera mujer, que lo deprime y haber fantaseado o matado supuestamente a un sádico.

Es evidente, y no aclarado en las entrevistas, que las conductas y las prácticas corporales están sostenidas en un sistema delirante. Algunas de estas evidencias están inscriptas como tatuajes de frases en su piel e implícitas en las intervenciones mutilantes y transformadoras de su cuerpo. Esto se vincula a la relación con una instancia que trasciende a cualquier semejante, están dirigidas al gran Otro equivalente a cuando alguien se consagra a un Dios, está más allá de cualquier otro imaginario. Esa dimensión Lacan la califica como gran Otro, como el universo significante, en el seno donde el hablante se constituye como sujeto en un discurso. Pero en el caso de un sujeto neurótico, este gran Otro está acotado por la Ley que forma parte de él y le impide exigir al sujeto, hacerse las cosas que el Sr. M se hacía. Es decir, que así como un sujeto se “debe” al gran Otro para ser humano, el gran Otro se “debe” al sujeto para existir. Ambos reconocen un límite al poder, que Lacan denomina Goce, al modo de la propiedad de algo. Ninguno de los dos, el sujeto o el gran Otro son propietarios absolutos del poder, están limitados, castrados. Esta mutua limitación es reconocimiento de una carencia del poder absoluto y deriva de lograr inscribir simbólicamente una falta, y en la medida que esta inscripción no se produce en el sujeto o en el gran Otro, es que vemos fenómenos de desenfreno. La automutilación es la inversa de la castración simbólica, ya que es la afirmación de la propia voluntad de Goce.

Estas concretizaciones metafóricas psicóticas están descritas por

Freud cuando toma los ejemplos de Tausk de los “ojos torcidos”, de los “comedones” o de los “agujeros en la malla de la media” como vaginas. Recién cuando el sujeto y el gran Otro metaforizan la falta, es que “sobra” una dimensión pulsional a resolver, acotada por estas faltas simbólicas, que Lacan denomina objeto *a*, el cual logra ser causante del deseo en tanto el sujeto como el gran Otro aceptan la castración.

En cuanto al masoquismo femenino, entiendo que drásticamente hay que separarlo de las mujeres u hombres, así como cuando Lacan se refiere al Goce femenino. Ya que el masoquismo femenino se trata de una calificación en la que el sujeto aceptaría objetalizarse y dejarse llevar por la voluntad de alguien, adecuándose al fantasma del partenaire, para que éste alcance su potencia y su goce fálico. Desde esta objetalización por vía de una identificación obtiene su cuota de placer. Esto en el caso que el pacto simbólico atenúe formas extremas y sacrificiales. Podríamos decir que cuando la significación fálica es alcanzada, la castración es asumida por el sujeto y su partenaire. La pérdida de goce, al asumir el sacrificio masoquista es recuperado, dando lugar al placer por la identificación con la potencia del otro (con minúscula), y esto se estabiliza en un acto amoroso. Cuando la pérdida de placer y goce alcanza cierto exceso y no encontramos el límite que la significación simbólica fálica otorga, entramos en un territorio donde no hay recuperación posible de parte del sujeto y se trata del puro sacrificio padeciente. El sujeto se convierte en un objeto *a*, como resto irrecuperable al modo de la melancolía. Este complejo equilibrio deriva de cómo se pacta la intersubjetividad y se elude el sometimiento al Superyó, que siempre tiene su vocero en el otro circunstancial. Recalco que esto no es un tema de hombres y mujeres, están los hombres que se prestan al sometimiento para hacer fálicas a las mujeres o mujeres que se someten a hacer fálicos a los hombres.

Nos resta el masoquismo moral, que se califica de sentimiento inconsciente de culpa, controvertida denominación, ya que en el inconsciente no hay sentimientos y se manifiesta como autocastigos. Pero también en la vida corriente y en la clínica, el sistema de diques que configuran la represión, determina diversas variedades de pade-

cimientos y remordimientos, que son difíciles de resolver. Nos encontramos con la mancomunidad del Ello y el Superyó, como el imperativo a la repetición. Para Freud, éstas son las resistencias magnas. El Ello insiste empujado por el Superyó para que se retorne sobre lo mismo, para volver a ser castigado a menos que el simbolismo se interponga separando estas dos fuentes, reales e imaginarias, las que arman el círculo vicioso que lleva a la reacción terapéutica negativa, plasmando clínicamente una de las formas de masoquismo más frecuente en nuestra tarea. No es casual que M'Uzan sea un analista tan cercano a la psicósomática, después de todo, el cuerpo del Sr. M. está tan tomado como las peores expresiones psicósomáticas, en este caso autoinfligidas.

Resta mencionar la cuota de masoquismo que supone normalmente la humanización y genera el "Malestar en la cultura". Además hay destinos sublimatorios y creativos de estas tendencias, que excederían el límite de esta exposición pero son muy importantes. Sólo los esbozaré retomando ideas de Freud afines a Lacan, acerca del comienzo de la humanización que se liga al acto de internalizar el objeto atacado, pasando del odio a la tolerancia, frustrando la pulsión. Con suerte pasando del odio al amor, deseo mediante, como saldo de la renuncia edípica que es un doloroso duelo con obvios efectos masoquistas fundantes de la represión.

Bibliografía

- FREUD, S. (1932-1938) *El presidente W. T. Wilson, un estudio psicológico*. Letra Viva. Buenos Aires. 1973.
- LACAN, J. Seminario 21 (1973) (Les-non-dup-errent) "Los nombres del Padre". Inédito.
- (1962-1963) *Seminario 10 "La angustia"*. Paidós Buenos Aires. 2006.
- (1968-1969) *Seminario 16 "De un otro al Otro"*. Paidós. Buenos Aires. 2008.
- MALEVAL, J.-C. En <http://saludypsicologia.com/4262/suplencia-perversa-en-un-sujeto-psicotico/>
- M'UZAN, M. (1973) La sexualidad perversa, estudio psicoanalítico. En *Del arte a la muerte: un itinerario psicoanalítico*. Barcelona: Editorial Icaria, 1978; La sexualidad perversa, estudio psicoanalítico. En revista *Imago*, Barcelona: Granica, 1975, en, n. 14, 1991; A Case of Masochistic Perversion and an Outline of a Theory. En *The International Journal of Psychoanalysis*, 54:455-467.